

# Capítulo 91 - Sostén mi cerveza - La leyenda de William Oh

- [Capítulo 91 - Sostén mi cerveza - La leyenda de William Oh](#)

# Capítulo 91 - Sostén mi cerveza - La leyenda de William Oh

Párrafo 82, subsección 3: Sobre Combates con Cuchillos.

Los combates con cuchillos acordados mutuamente tienen plena validez legal para resolver disputas entre Líderes de Partido. Quedan restringidos a áreas cerradas, ya que está prohibido que la sangre caiga al agua. La hoja no podrá medir más de 2 pulgadas, con el fin de garantizar la seguridad de los combatientes. La pelea se decidirá por quien obtenga el primer sangrado. Los escaladores que no se rindan con prontitud tras el primer sangrado deberán ser golpeados por todos los espectadores presentes hasta que se rendan.

Suplemento 3-d, 'William Oh'.

Las cuchillas no podrán ser almacenadas ni manejadas por habilidades invisibles a simple vista. La primera sangre debe ser provocada únicamente por la cuchilla, sin emplear habilidades ni armas improvisadas. Ya no contará si se es apuñalado por muebles o por el suelo.

Está prohibido robar la cuchilla del oponente mediante habilidades invisibles, pero no así con los pies.

Declarar un combate con cuchillos "contra todos los presentes" ya no está permitido, ya que eso evita de manera indirecta que los espectadores neutros juzguen quién ganó y quién perdió.

La reparación por destrucción masiva de propiedad es responsabilidad de la(s) parte(s) perdedora(s). Si varias partes perdieron, la carga se compartirá entre ellas.

"¿Alguna cosa importante que debamos saber?", preguntó Will mientras Loth revisaba las páginas.

"Siempre pide permiso antes de abordar, no robes, no hagas trampa en los juegos de azar, no destruyas propiedad, no mates a nadie..."

"¿Algo más?", preguntó Will.

"Oh sí, muchas cosas," respondió Loth. "Pero la mayoría son casos especiales o sentido común. Sé cortés, paga lo que debes y evita pelear, y estarás bien. Copiaré los puntos más importantes. También deberíamos pagar la tarifa de atraque."

Will levantó una ceja. “No tenemos mucho dinero con nosotros.”

“Por suerte, La Flota funciona con trueques,” dijo Loth. “Algunas de mis cuerdas de seda de araña deberían ser suficientes.”

Una hora más tarde, estaban junto a un muelle de madera, flotando sobre las olas, y proyectándose desde un almacén flotante demasiado grande, un poco más pequeño que La Destello misma.

Una cosa que Will había aprendido desde su llegada era que La Destello no era un barco de tamaño normal, como lo evidencian las miradas y el hecho de que las autoridades de atraque les habían negado el ingreso en el muelle habitual, citando temor a bloquear el flujo de naves.

Así que se dirigieron hacia el lado industrial de la ciudad, donde almacenes flotantes con muelles especialmente reforzados podían recibirles sin demasiado inconveniente.

Cuando los pies de Will tocaron el muelle, sintió cómo se desplazaba levemente, dándole una idea de cuánto peso podía soportar antes de colapsar.

Los responsables de cobrar la tarifa parecían bastante molestos al recibir un solo cajón con las cuerdas de Loth, hasta que Will los retó a que intentaran romperlo.

Cuando no pudieron, los recaudadores de impuestos tragaron sus quejas y se alejaron cargando el cajón sobre sus hombros. El encargado del almacén cambió de actitud, volviéndose sumiso tras enterarse de que conocía el nombre de Will.

“El señor, ha habido ya varios imitadores, pero usted es la primera persona en atracar navegando en el cadáver de un leviatán, lo cual es toda la prueba que necesito para confirmar que usted es el verdadero William Oh,” dijo el dueño del almacén con una sonrisa.

Will observó al hombre, reflexionando sobre cómo, en La Torre, las noticias de sus hazañas le habían llegado hasta aquí.

Claro, tardé un poco en llegar, pero no mucho.

El viento cambió y llevó de regreso hacia ellos el olor del 'sustrato' de Loth.

—¿Dioses, esa es tu nave?—preguntó el encargado del almacén, abriéndose paso con una ligera expresión de disgusto, como un marinero curtido que se respeta.

—La mitad trasera está llena de peces en descomposición—dijo Will, mirando por encima del hombro hacia la nave. La parte delantera era donde vivían, y la trasera, casi del tamaño de todo un almacén, era donde Loth realizaba sus experimentos con la creación de suelo y la cría de insectos.

Ya no podían olerlo con tanta intensidad.

—¿Toda la parte trasera?—preguntó el hombre, a lo que Will asintió.

—Dioses. Bueno, los druidas en la parte superior de la Flotilla pagarán con gusto por fertilizante a granel, si consigues una manera de entregárselo—.

—¿Dónde podemos comprar suministros?—preguntaron.

—El mercado está por ese lado—dijo el encargado del almacén.

—Billy-bob—.

—¿Sí, señor?—preguntó Billy-bob, mientras los tres mayordomos espirituales surgían del suelo, haciendo que el encargado del almacén gritara y retrocediera sorprendido.

—Negocia la tarifa diaria de atraque, Stevie sale con los Baker para coordinar la reabastecimiento, y Noob vigila la nave con Ria y Jean—.

—Por supuesto—, asintió el mayordomo espiritual.

Después de semanas viviendo entre peligros y monotonía, por fin pudieron relajarse unos días.

Lo primero que todos quisieron hacer fue estar lejos unos de otros durante una velada.

Llegaron a un acuerdo para volver a la nave antes del amanecer y cada uno siguió su camino, su gran grupo dividiéndose en pequeños grupos de uno o dos.

June se fue sola, Mason y Reggie partieron juntos, mientras Alicia hacía compras con Loth y los Baker. Travis desapareció sin que nadie se diera cuenta, y los Baker se dividieron en varias copias de sí mismos, algunos vigilando la nave, otros acompañando a Loth, y algunos simplemente explorando.

Satisfecho de que todo parecía ir sobre ruedas, Will fue el último en abandonar la nave al ponerse el sol.

Lo primero que notó al recorrer la ciudad fue que todo olía a una mezcla potente de agua salada, pescado podrido y estiércol, lo cual explicaba por qué los trabajadores del muelle no se habían rechazado por completo el olor intenso del Shimmer.

Lo segundo fue una marcada disminución en la cantidad de mujeres que habían subido hasta el Piso 6.

El Quinto Piso era un bastión de civilización, con granjas, negocios familiares... y jabón, donde la logística para salir de La Torre, formar una familia y volver no era demasiado complicada, gracias a una infraestructura que abarcaba generaciones.

¿Pero la Flotilla? No era un lugar agradable. Punto final.

El Sexto Piso era la línea divisoria entre quienes estaban felices de obtener algo de fuerza y prosperidad, y aquellos que escalaban porque arriesgar la vida resulta divertido.

En pocas palabras, idiotas ambiciosos como Will.

Eso le daba a toda la Flotilla un ambiente muy diferente al de Akul. Sin duda más bulliciosa y mucho más sin ley, aunque proclamaran tener reglas.

Había leído sus leyes antes de que atracaran, y la mayoría podía resolverse mediante combate o justicia popular. Lo cual era absurdo.

Will preguntó y se enteró de que había un bar llamado La Brújula, donde los Líderes de Grupo se reunían de manera informal para presentarse y compartir información.

Pasó por el mercado en su camino, avistando a un Arquetipo de Druida vendiendo arándanos a un precio exorbitante que rivalizaba con las auténticas Reliquias, flanqueado a ambos lados por guardaespaldas, como si estuviera traficando narcóticos clandestinos.

La forma en que la gente se peleaba por acercarse a él, bien podría ser así.

Dos veces pasó junto a un edificio de paredes delgadas donde escuchaba el sonido del acero y los gemidos de dolor de dos hombres que intentaban cortarse con pequeños cuchillos de combate, esas armas cortas que todos parecían portar.

Era suficiente para hacer algunas laceraciones decentes, pero demasiado poco para dañar órganos vitales sin un buen nivel de creatividad.

Solo hay que evitar que alguien te corte en la entrepierna o en el cuello.

Muchos marineros habían ensanchado sus cortas hojas y las habían curvado hacia atrás, cubriendo casi toda la mano, transformándolas lentamente en algo más parecido a un nudillo de bronce afilado que a un cuchillo propiamente dicho.

Pero aún así, no avanzaban más allá de dos pulgadas, por lo que nadie comentaba nada al respecto.

Tengo que conseguir uno de esos cuchillos, pensó Will mientras salía del mercado hacia los retorcidos muelles de tablas de madera que se extendían entre los barcos convertidos en puestos comerciales.

Tampoco me vendría mal unos arándanos.

Las calles oscilantes se oscurecían rápidamente a medida que las sombras se alargaban, y Will vio cómo un arquetipo de Nuker salía a la cubierta de una taberna cercana y creaba miles de destellos de luz, como motas de luciérnaga que parpadeaban para iluminar las lámparas de la ciudad en un hipnótico despliegue de control mágico.

Se podría cobrar por una vista así en El Anillo.

Aquí, nadie se molestaba siquiera en mirar hacia arriba.

El ambiente en la ciudad cambió de bullicioso a ominoso a medida que el sol desaparecía, dejando solo círculos anaranjados rojizos y oscuridades impenetrables que se extendían más allá del alcance de cada farol.

Dos Arquetipos de Pícaro se desplazaban de sombra en sombra, caminando junto a Will mientras avanzaba por el -

Espera, ¿creen que no puedo—

“Sabes que te puedo ver, ¿verdad?” preguntó Will, señalando al más cercano.

El enmascarado quedaron congelado, mientras otro se acercaba sigilosamente por detrás de Will.

“Oye, sé que parezco un blanco fácil, pero tengo un Arquetipo de Pícaro y mi Agudeza es muy alta,” dijo Will, dando medio paso hacia atrás y a un lado, manteniendo ambos en su visión. “Así que esto va a implicar mucho menos sigilo y mucho más combate de lo que te gustaría.”

Los dos pícaros se miraron, encogieron los hombros y desaparecieron en la oscuridad, en busca de víctimas más desprevenidas.

Will esperó un momento, hasta estar seguro de que no intentaban rodearlo para atraparlo, y entonces relajó la guardia.

Casi se le escapa un grito cuando una pared cercana estalló en pedazos, revelando a un hombre enjuto vestido con harapos que caía a través de ella. Por un instante pensó que estaban atacándolo y estuvo a punto de lanzar una andanada de cañón contra el hombre y lo que estaba detrás.

“¡Y no vuelvas hasta que tengas algo con qué gastar!” gritó un calvo de piel rojiza, que parecía pesar casi trescientos libras de músculo, desde el agujero en la pared.

Él le dirigió una mirada y le hizo una especie de adiós tímido con la mano antes de volver a su camino. Will observó a través del agujero en un barco cercano y vio cómo unos tipos se divertían. Bebían y bailaban, intercambiando Reliquias, Marfil y cualquier objeto portable y valioso.

Huh.

Parecía que todos estaban pasándolo bien, pero eso no era lo que Will buscaba en ese momento.

—¿Estás bien? —preguntó Will, girándose hacia el hombre escuálido que yacía sin vida sobre la pasarela de madera.

—¿Aquí otra vez, eh? —murmuró el hombre esquelético, su mirada escaneando el callejón sucio, una mano flácida hundiéndose en las frías aguas del mar debajo, mientras la otra buscaba una petaca en su bolsillo.

Su mirada de ojos grises terminó en los pies de Will, ascendiendo hasta su rostro. Sus ojos parpadearon con un instante de reconocimiento antes de que su expresión se arrugara y comenzara a llorar como un niño.

Will esquivó con cuidado a aquel hombre que se había encorvado en una bola temblorosa.

—Solo voy a... irme —dijo Will, dando unos pasos adelante. Unos minutos después, había logrado olvidar aquel encuentro y llegó a El Puente.

Era una embarcación de gran tamaño cerca del centro de la ciudad. No tan grande como Shimmer, pero considerable, con al menos tres pisos y luces brillantes que escapaban por las ventanas alineadas a lo largo del costado del barco.

Sus letras pintadas en colores vivos anunciaban su identidad como 'El Puente'.

—¡Permiso para abordar! —gritó Will hacia el barco.

Un marinero se inclinó sobre la barandilla y lo miró de abajo hacia arriba.

—¿Eres líder del grupo?

—Así es —contestó Will.

Los ojos del hombre brillaron en azul por un instante antes de asentir con la cabeza.

—Adelante —dijo, desapareciendo más allá del borde de la cubierta.

Will subió corriendo por la tabla hacia la sala principal, el sonido del interior envolviéndolo en cuanto cruzó el umbral del barco.

Era una música diferente a cualquier otra que hubiera escuchado antes, dedos fantasmales masajeando sus sienes y susurrando palabras de serenidad.

Will miró a su alrededor y vio, nada menos, que a tres bardo's cantando y tocando una melodía aparentemente silenciosa que parecía impregnar toda la habitación sin apagar nada, una Habilidad vinculada a la música que irradiaba calma y tranquilidad.

Todo mantenido en un tono relajado.

Era una sensación extraña, escuchar una actuación con una Habilidad tan poderosa que parecía digna de un desfile de aristócratas, mientras olía a pescado podrido y excremento humano.

Ah, La Torre.

Recuerda, todos aquí tienen al menos tu mismo nivel de poder. No te dejes llevar, se dijo Will a sí mismo mientras atravesaba la sala principal. Cada ojo en el lugar permanecía en él como telarañas esperando, mientras se dirigía a la barra.

—Ah, un recién llegado, ¿cuál es tu Resistencia? —preguntó el barman con tono profesional.

—Ochenta —respondió Will, tomando asiento en la barra.

—¿Fuerte, no? ¿Cerveza o licores? —preguntó, sacando la bandeja etiquetada como '70+' y revisando las botellas para encontrar alguna que se ajustara a su tolerancia.

—Cerveza —contestó Will.

—¿Cerveza? ¿¡CERVESA! —Un gigante se desplomó en un taburete a su lado y lo miró fijamente.  
—¡Acabas de llegar al Sexto Piso, chico! ¡Brindemos por ello! ¡Bebe! ¡Bebe como un verdadero hombre!

De reojo, Will vio a una de las bardo acercándose lentamente, la melodía que irradiaba amabilidad se hacía más intensa a medida que se aproximaba.

—¿Un verdadero hombre cambiaría su orden solo porque alguien le dice que debe? —preguntó Will con tono neutral, recibiendo la cerveza del barman y colocando un anillo de Fuerza que había robado de un tiburón en la barra como pago.

—Pues... —el gigante frunció el ceño por un momento—. Supongo que no, pero Bill tiene la mejor bebida de toda La Flotilla y siempre me encanta ver a los novatos probarla. Es como vivir la experiencia por primera vez...—

—Vicariously —dijo Will. Era una de las Palabras del Día de Loth.

El hombre corpulento chasqueó los dedos. “Esa es la palabra. ¿Qué te parece esto? Compro una ronda para los dos, bebemos, y luego tú puedes aguantar tu agua de mala calidad el resto de la noche”.

“Me parece bien,” dijo Will con una encogida de hombros. Ya que estamos, mejor conocerlo un poco. Ser un espectador desagradable y rígido era casi tan peligroso como emborracharse hasta perder el conocimiento por la presión social.

El hombre grande colocó una pequeña daga sobre la barra, que el barman rápidamente reemplazó por dos copas de líquido translúcido y marrón, deslizándolas frente a ellos.

Will alcanzó y tomó la copa destinada al hombre grande, y deslizó la suya hacia su nuevo amigo, lo que hizo que toda la audiencia estallara en carcajadas contagiosas.

“¡Mira esta paranoia absurda en este chico!” gritó el hombre corpulento, palmeando el hombro de Will. “¡Vas a durar! ¡Lo puedo sentir!”

“¡Sin ánimo de ofender!” gritó Will entre risas. “¡No te conozco!”

Will y el hombre grande bebieron sus tragos. Will cometió el error de exhalar un poco mientras bebía, y de alguna forma los vapores invadieron sus senos nasales, obligando a su cuerpo a

expulsar violentamente, lo que lo llevó a toser un poco menos de la mitad del líquido viscoso a través de la barra.

Lo que llegó hasta su estómago quemó con intensidad, llenándolo de un extraño malestar y haciéndole sentir como si pudiera escupir fuego si alguien le entregaba un cerillo.

El barman, tal vez anticipándose a esto, se mantuvo lejos del área de salpicaduras antes de limpiar rápidamente el licor derramado.

“Ugh,” gimió Will cuando el carraspear y las risas finalmente cesaron.

“¿No está bien?” preguntó el hombre corpulento con una sonrisa amplia, levantando las cejas.

“Estoy en desacuerdo,” gruñó Will, tomando un sorbo de su cerveza para enjuagar el sabor antes de ofrecerle la mano.

“Will.”

“Marcus.”

“¿Cuál es tu plan, Will? ¿Vas a contratar a tu gente en uno de los Balsas para Principiantes, trabajar un poco y luego seguir hacia el Septimo? La mayoría no quiere quedarse aquí más tiempo del necesario. Sin ofender, Bill.”

“Sin problema,” dijo el barman con un encogimiento de hombros. “No es para todos.”

“No, tenemos nuestro propio barco,” dijo Will sacudiendo la cabeza. “Pero aparte de eso, solo planeamos reabastecernos, quizás conseguir algunos trabajos para mantener el pan en la mesa, subir de nivel, y luego seguir adelante.”

“No recomendaría trabajar solo,” dijo Marcus, bajando la voz. “El nivel en la superficie se ha vuelto más peligroso en el último mes. Las tormentas son más violentas, los seres peligrosos son más numerosos y parecen atacar en los peores momentos. ¿Viste los restos en el camino?”

Desde que Frederick Wyrd y Baron Akulmurieron, se ha ido intensificando, pensó Will en silencio.

“Sí, vi los restos,” reflexionó. “Casi me convierto en uno varias veces.”

“¿Tienes tu propio barco?” dijo uno de los espectadores, apoyándose en el hombro de Will y respirándole el alcohol en la cara. “Eso es invención, ningún recién llegado tiene su propio barco. Todos los barcos vienen de aquí, no hemos recibido ninguno del exterior desde aquel... barco fantasma.” El hombre palideció ante la expresión de Will y apartó su mano del hombro, retrocediendo tambaleándose.

“Necesito hacer pipí,” dijo, tambaleándose lejos.

“¿Shimmer?” preguntó Marcus, con expresión de sorpresa. “¿Ese enloquecido cráneo de leviatán, esa abominación en forma de portaaviones? ¿Eres tú?”

Will encogió los hombros mientras el sonido de la conversación en La Puente se alejaba, incluso los bardos detuvieron su música encantada para escuchar con atención.

Por un momento, todo quedó en silencio mientras cada oído en el lugar se inclinaba hacia adelante.

—¿Will... William Oh? —preguntó Marcus.

—...Ese soy yo —admitió Will.

—Para ser una leyenda, no sabes manejar tu bebida —dijo Marcus con una sonrisa irónica.

—Tengo quince años, imbécil —respondió Will, mirando alrededor hacia la multitud que había pasado de ser amigable a estar hambrienta—. Nunca he tomando licor antes.

—Pues más vale que te prepares —dijo Marcus—. Porque estás a punto de recibir la mayor escarceo de novato que haya visto La Flotilla.

—¡Se me llevó mi abrigo al entrar! —dijo un espectador, levantándose de su asiento, sosteniendo un abrigo con una huella de bota que no coincidía con la de Will—. ¡Exijo reparación!

—¡Me ensució con grasa de pescado mi silla!

—¡Dijo cosas feas de mi madre!

Todo claramente falso, pero no se trataba de la verdad, sino de poner a prueba a una Leyenda.

—Sostenme la cerveza —dijo Will, deslizando su trago por la barra.